

EL TRABAJO Y LA POBREZA EN EL ESPÍRITU DE SAN PABLO

I. INTRODUCCIÓN

Como cristianos, estamos convencidos de que el Señor nunca abandona a su pueblo, pese a la situación que vive la humanidad a causa de la pandemia por COVID-19; de que Él está presente, y de que ahora, más que nunca, es el momento de vivir la virtud teologal de la esperanza. Una esperanza arraigada en la fe que se vive en comunidad, porque todos juntos estamos invitados a expresar que, pese a la prueba que nos ha tocado vivir, confiamos en las promesas del Señor y en que con Él todo puede ser superado, “Todo lo puedo en Aquel que me conforta y me da fuerzas” (Fil 4,13).

El mes de junio en la Familia Paulina lo dedicamos a uno de los pilares de nuestra espiritualidad, san Pablo Apóstol, a quien, de acuerdo con el hilo conductor de nuestros retiros de este año, ahora lo contemplamos como modelo de trabajo y de pobreza en el seguimiento de Cristo.

La pobreza, como recuerda el Superior general en su carta anual¹, es uno de los tres votos que caracterizan la vida consagrada, así como también una de las “cuatro ruedas” del Carro Paulino. Por eso, para el Paulino, la pobreza es uno de los fundamentos de la vida, junto con la piedad, el estudio y el apostolado. Pero, antes de ser un valor particular, es una invitación dirigida a todos los cristianos, es decir, a todos los bautizados que se proponen seguir a Jesús. En el Evangelio según san Mateo, cuando Jesús le pide al joven que deje todo, no estaba hablando con un religioso, sino con una persona rica, apegada a sus posesiones (cfr. Mt 19,16-26)².

II. EL TRABAJO Y LA POBREZA EN LA ESCRITURA

El trabajo³

Job dice que el “hombre ha nacido para trabajar como el pájaro para volar” (cf. Jb 5,7). Desde el origen, Dios llamó al hombre para ser su colaborador en la

¹ P. VALDIR JOSÉ DE CASTRO, Carta anual del Superior General a los Hermanos de la Sociedad de san Pablo, La pobreza, camino de libertad, fraternidad y servicio, Roma 26 de mayo de 2019.

² Ib., 1-2.

³ Cf. Trabajo, Diccionario de Espiritualidad, vol III, Herder, Barcelona 1984, 523-524.



progresiva organización de la creación: “Tomó, pues Yahvé Dios al hombre y lo dejó en el jardín del Edén, para que lo cultivara y guardara” (Gn 2,15). Por eso, no se ha de considerar el trabajo como un castigo derivado del pecado. El trabajo lleva a cumplimiento la creación de Dios y dignifica toda la vida del hombre. La tarea y misión del hombre es su trabajo que continúa el trabajo de Dios. En el primer relato de la creación se dice que Dios crea al hombre y le manda dominar y someter la tierra (cf. Gn 1,28), que aparece como un campo amplio y vacío que espera la energía de los hombres para ser transformada en una casa adecuada para acoger a la familia de Dios. Así, el trabajo del hombre en el paraíso terrenal era una libre colaboración del hombre en la creación divina, una acción con la que el hombre demostraba su unidad de vida con Dios y realizaba su imagen divina.

Con la “caída”, el trabajo se convirtió en castigo y sufrimiento (cf. Gn 3,17-19). Pero esto no quiere decir que el castigo tuviera como objeto el trabajo, sino que, más bien, es la tierra la que se le vuelve hostil al hombre para producir, porque ya no le dará buenos frutos y él comenzará a experimentar la fatiga y la esclavitud a causa del trabajo. La pena cotidiana y sin fin del hombre en su trabajo será el precio con el que pagará el poder que Dios le dio en la creación. De allí que encontramos también en el AT una tendencia a considerar el trabajo como vanidad: “Qué saca el hombre de todos sus afanes y fatigas con que se fatigó bajo el sol?” (Ecl 2,22-23).

En el Nuevo Testamento, el trabajo podría pasar casi desapercibido, pero serán los ejemplos de Jesús obrero (Mc 6,3), el hijo de José obrero (Mt 13,55), y el ejemplo de san Pablo, que trabaja con sus manos (Hch 18,3; 20,34; 1Cor 4,12), lo que nos hará regresar al verdadero sentido del trabajo. En el Evangelio se habla del trabajo al referirse a las obras de Dios: “Mi Padre sigue trabajando y yo también trabajo” (Jn 5,17; cf. 6,28). También al referirse a los pájaros del cielo “que no siembran ni recogen” y a los lirios del campo que “no trabajan ni hilan” (Mt 6,26.28). Jesús hace una llamada para regresar al sentido original del trabajo, a aquel trabajo del hombre como imagen de Dios, de colaborador en la creación. San Pablo hablará de trabajar en la restauración de todo y de reconducir toda la creación hacia Dios (Rm 8, 18-25) dando también al trabajo un sentido de eficacia redentora dentro de la economía de la salvación.

San Pablo habla expresamente de la realidad del trabajo. Para él trabajar es un componente esencial del hombre, por eso exhorta a sus Comunidades a que trabajen como él lo ha hecho: “Pablo fue a verlos, y como ejercía el mismo oficio, se alojó en su casa y trabajaba con ellos haciendo tiendas de campaña” (Hch 18, 3), Pablo trabajaba el cuero para confeccionar tiendas y otros objetos de cuero. Seguramente aprendió este trabajo de su padre. La doctrina de los rabinos obligaba

al padre a enseñar un oficio a sus hijos: “Ustedes saben que con mis propias manos he atendido a mis necesidades y a las de mis compañeros” (Hch 20, 34; cf. 1Co 4, 12; 1Co 9, 6; Ef 4, 28; 1Ts 4, 11; 2Ts 3, 10.12). Al decir que trabaja con sus manos afirma que se metió en el mundo de los pobres, que optó por la debilidad y la carencia de poder (1Cor 1,27). La motivación más profunda será la de no ser gravoso y diferenciarse de los otros propagadores de filosofías y creencias que circulan por el Imperio. San Pablo no quería poner obstáculos al Evangelio y quita toda sospecha de ambición o interés desviado para establecer una relación de afecto gratuito, de un amor de padre y madre que da no sólo el Evangelio, sino la vida misma (cf. 1 Tes 2), como el Buen Pastor (cf. Jn 10; 2 Cor 12,14; Hch 20, 33,ss)

La Pobreza⁴

En el AT la pobreza solo se entiende a partir de los pobres concretos: los pobres son los mutilados, lisiados, viudas, los huérfanos y extranjeros. Es decir, a partir de clases sociales que se distinguen según su estrato o concentración de poder, económico y social. Los profetas denunciarán esta división en los pueblos, pues los ricos abusaban de su posición para favorecerse a sí mismos a costa de los más débiles y pobres (Am 2,6-7; 4,1; 5,11; Is 3,14; 10,2; 5,8-16). Los mismos profetas anunciarán la venida de un “rey que juzgará a los pobres con justicia” (Is 11,4; Jr 5,27). Sin embargo, recordemos que para Israel las riquezas son un bien y la pobreza se considera como un mal, por lo menos relativo, por lo que no se da la pobreza voluntaria. Después del exilio tiene lugar un cambio en la visión teológica de los pobres (*anawin*). La pobreza será sinónimo de humildad y confianza en Dios. Ser pobre es ser pequeño ante Dios y ante los hombres; significa reconocer la propia indigencia e impotencia, dejando de lado las actitudes de orgullo interno y externo, alejándose de los sueños y los proyectos de auto exaltación. El libro de los Salmos es el libro de los pobres de Israel, porque se presenta como un libro de oración de los pobres y miserables que reconocen su confianza solamente en Dios.

En el NT Jesús sintetiza el sentido de la pobreza en su misma persona como dice san Pablo en la Carta a los Filipenses “Él siendo de condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, sino que se despojó a sí mismo, tomando la condición de esclavo, haciéndose semejante a los hombres” (Fil 2, 6-7) y por nosotros se hizo pobre (2Cor 8,9). Jesús propone como signo del cumplimiento de las promesas mesiánicas la evangelización de los pobres (Mt 11,5; Lc 7,22), Él se pone del lado de los pobres, los beatifica en la primera bienaventuranza (Mt 5,3; Lc 6,20), los exalta en la parábola del pobre Lázaro (Lc 16, 19-31) de la pobre viuda

⁴ Cf. Pobreza, Diccionario de Espiritualidad, 179-180.

(Mc 12,41-44). Exhorta a no preocuparse por las riquezas (Mt 6,19-21.25.33), indica sus peligros (Lc 12, 16-21) e invita al rico a la renuncia (Mt 19,21; Lc 18,22).

San Pablo, además de recordar la pobreza de Jesús, dedica parte de su apostolado al socorro de los pobres de Jerusalén: “Pues, Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una colecta en favor de los pobres de Jerusalén” (Rm 15, 26; 2Cor 8,9). San Pablo asume la pobreza de Cristo en su trabajo como participación en el trabajo de Dios: que consiste en el anuncio de la Buena noticia, despojándose de sí mismo, para agradar a Dios y no a los hombres, a imitación de Cristo que no vino a ser servido sino a servir y dar la vida por los hombres (1Tes 2, 4-9).

III. EL TRABAJO Y LA POBREZA EN EL ESPÍRITU DE SAN PABLO

El apóstol Pablo y la pobreza⁵

Entre los discípulos que asumieron la pobreza, según la radicalidad propuesta por Jesús, se encuentra ciertamente Pablo, que para nosotros es el prototipo de apóstol; él es quien ejerció el verdadero apostolado de las ediciones; es de quien nosotros debemos asumir el espíritu, la mentalidad, el amor a Jesucristo y al amor a las almas. El Paulino aprende de Pablo a vivir la pobreza como disponibilidad apostólica.

En efecto, san Pablo logró la pobreza evangélica, la cual generó en él una liberación total hasta llevarlo al servicio, a la misión. Con él aprendemos que *«la pobreza evangélica», en el espíritu de Jesucristo, no es solamente desprendimiento sino que es mucho más: es liberación de los vínculos que nos tendrían atados a la tierra y es, al mismo tiempo, impulso para multiplicar las fuerzas y utilizar todos los medios al servicio de Dios y del Evangelio*». En el seguimiento de Jesús también san Pablo hace su *kénosis*, que lo lleva a romper con ciertas convenciones religiosas que lo encerraban en un mundo de preceptos, al punto de llegar a la hostilidad abierta contra quienes pensaban diferente de él. Pablo mismo habla del desapego que sintió sobre su pasado como fariseo, a partir del encuentro con Cristo: *«Todo lo que hasta ahora consideraba una ganancia, lo tengo por pérdida, a causa de Cristo. Más aún, todo me parece una desventaja comparado con el inapreciable conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él, he sacrificado todas las cosas, a las que considero como desperdicio, con tal de ganar a Cristo y estar unido a él, no con mi propia justicia –la que procede de la Ley– sino con aquella que nace de la fe en Cristo, la que viene de Dios y se funda en la fe»* (Fil 3, 7-9).

La pobreza vivida por san Pablo es visible incluso en su capacidad de tomar distancia del deseo de conservar la propia patria, la lengua, la tierra natal, etc. para

⁵ P. VALDIR JOSÉ DE CASTRO, La pobreza... p. 5-6.

pertenecer a Cristo, a todo el mundo, a todas las personas... al punto de dar su vida por el Evangelio. En esta perspectiva, para que el Evangelio sea más conocido y aceptado por la gente, Pablo sufre a causa del hambre, de la sed, de la desnudez, que son las necesidades primarias enumeradas por Jesús: *«No se inquieten por su vida, pensando qué van a comer, ni por su cuerpo, pensando con qué se van a vestir»* (Mt 6,25).

San Pablo nos enseña que la pobreza conduce a una vida sobria y a la liberarse de las falsas seguridades, incluso la del dinero: contentémonos con el alimento y el abrigo. *“Los que desean ser ricos se exponen a la tentación, caen en la trampa de innumerables ambiciones, y cometen desatinos funestos que los precipitan a la ruina y a la perdición. Porque la avaricia es la raíz de todos los males, y al dejarse llevar por ella, algunos perdieron la fe y se ocasionaron innumerables sufrimientos”* (1Tim 6,8-10). Conviene tener presente que Pablo nos recuerda que el amor al dinero es la raíz de todos los males.

La pobreza que el apóstol Pablo vivió es un valor que él asume como estilo de vida y que está en función de los ámbitos más importantes de la existencia y que él mismo promovió en su actividad evangelizadora como fundamentales en el seguimiento de Cristo, sobre todo para nosotros los paulinos, tales como la vida de comunión, el trabajo y la solidaridad con los pobres.

La dignidad del trabajo⁶

San Pablo, siguiendo el ejemplo de su maestro Jesús, manifiesta concretamente la pobreza viviendo como trabajador. Si Jesús fue un trabajador manual (cfr. Mt 6,3) e hijo de un artesano (cfr. Mt 13,55), san Pablo fue fabricante de tiendas (cfr. Hch 18,3). Para no ser un peso en sus comunidades, él mismo afirma que se esforzaba trabajando con sus propias manos (cfr. 1Cor 4,12). Recordemos que, en los tiempos de Pablo, «los hombres libres no trabajaban con su propias manos. Desde muy joven, Pablo aprendió un oficio manual: fabricar tiendas. Con este trabajo se mantuvo en Tesalónica, Corinto, y durante sus viajes; cuando se le terminaban sus provisiones y no recibía más la ayuda generosa de la comunidad de Filipos o de otros hermanos, trabajaba con sus propias manos».

Si bien Pablo, considerando su ministerio, es consciente del derecho de ser sostenido por la comunidad (cfr. 1Cor 9, 14.15), renuncia a ello para no ser de “peso”: *«Recuerden, hermanos, nuestro trabajo y nuestra fatiga cuando les predicamos la Buena Noticia de Dios, trabajábamos día y noche para no serles una carga»* (1Tes 2,9).

⁶ Ib., p. 8-9.

Para Pablo, *«ningún cristiano, por el hecho de formar parte de una comunidad solidaria y fraternal, debe sentirse con el derecho de no trabajar y de vivir a costa de los demás».*

La comunidad cristiana, para san Pablo, no se contrapone a la civil, respecto a la responsabilidad para con el trabajo. Este es una obligación para todos y un deber natural. En la misma línea se encuentra también el beato Alberione, cuando afirma que *«el trabajo es un deber natural para todos. También Jesucristo trabajó. Es, además, deber de caridad, secreto de mérito y felicidad, es contribución al bien común».* De ahí su advertencia, muy conocida, sobre que *«la vida religiosa para los vagos es, bajo un aspecto, una tremenda desgracia [...] Si hubiesen permanecido en el mundo, habrían trabajado por ley de necesidad [...] y hubiesen tenido que rendir una cuenta menos grave a Dios, hubiesen dado menos escándalo en la comunidad, y hubiesen sido más virtuosos».*

Pero, ¿qué trabajo? Considerando la realidad de nuestra vida y misión, el P. Alberione tiene una visión muy amplia del trabajo: Para él, en el trabajo se conjugan dos elementos esenciales: actividades y fines útiles. En este sentido, además del trabajo manual, existe el trabajo intelectual, el trabajo interior, el trabajo moral, el trabajo espiritual, etc. *«Nosotros imitamos más a Dios cuando trabajamos, cuando ponemos en actividad la inteligencia para aprender cosas, la salud para obrar, la fuerza necesaria para rezar, ¡porque la oración es una actividad fatigosa! Por eso debemos considerar que la pobreza se manifiesta en el trabajo. Producir para nosotros y para los demás».*

La vida paulina, asociada a la exigencia del voto de pobreza como consejo evangélico, requiere de nosotros que seamos auténticos trabajadores. *«El apostolado es el medio de vida para nuestras casas porque ese es nuestro modo ordinario de vivir; la beneficencia y las donaciones son secundarias».* El trabajo, por otro lado, se hace prácticamente imposible cuando se vive en medio de las riquezas, las cuales atrofian las energías humanas, convirtiendo a la persona en esclava de la haraganería, de la comodidad y de la indolencia. ¡Es urgente, entonces, retornar al sentido de la pobreza!

IV. EL TRABAJO Y LA POBREZA EN EL PENSAMIENTO DEL FUNDADOR

Nuestro fundador habla del trabajo como una función de la pobreza paulina, **produce**. Y al respecto encontramos algunos textos, además de lo que la Palabra de Dios nos sugiere y el Superior General ha escrito, que nos ayuden a continuar la reflexión sobre nuestra respuesta a este llamado y al propio estilo de vida según el carisma del Instituto.

- ✓ “Todos los Institutos están obligados al trabajo, pues es una ley natural y penitencia por el pecado. La profesión no quita leyes, sino que las añade.

Todos los Institutos tienen esa obligación, los ricos y los pobres, pues es un deber trabajar antes de recurrir a la beneficencia. El poder trabajar es ya providencia de Dios” (*UPS I, 456*).

- ✓ “El primer y más importante ejercicio de la pobreza para nosotros está en producir. Quien pierde el tiempo, quien está mirando a los demás y no produce, confiésese. Hay que producir y producir convenientemente. La observancia de la pobreza requiere en nosotros, ante todo, ser eficientes en el trabajo; y se es eficientes cuando se usa bien el tiempo... Nuestros Institutos son Institutos en los que está prescrito el trabajo” (*FSP60. 198ss*).
- ✓ “La verdadera pobreza debe producir. Cada uno debe concienciarse de tener una responsabilidad ante la Congregación, una responsabilidad económica, y dar a la Congregación un aporte, el que sea posible según la instrucción, la salud, el tiempo, el oficio asignado” (*APD59, 52*).
- ✓ La pobreza puede ejercitarse de muchas maneras: saber producir, saber usar, saber administrar, saber proveer a las necesidades, saber conservar las cosas (*AAP59, 150*).
- ✓ Cuando se educa para el trabajo, se acostumbra al joven a los estudios, a pensamientos elevados, a la energía, a producir, a vivir como auténtico hombre, como cristiano, y sobre esa base se puede añadir la vida religiosa, la vida sacerdotal (*ACV, 171s*).
- ✓ “¿Qué alma practica bien la pobreza? El alma que mira al cielo, desprendiéndose de todas las cosas para correr más libremente. San Pablo dice que quienes corren en el estadio no se cargan de bultos y maletas, sino que van con lo imprescindible para ser más expeditos en la carrera (*Haec meditare, s2, II, 116*).
- ✓ “El voto de pobreza requiere un trabajo constante, como trabajaba Jesús en Nazaret (también deben trabajar en la familia los bien acomodados). La Biblia dice: «Quien no trabaje, que no coma»”. (*BP III, 262*).
- ✓ “No pongamos nunca trabas en las ruedas del carro de la Providencia. Esas trabas serían la falta de pobreza, la falta en aplicarse al trabajo y en aprender” (*AAP60, 113*).

V. PARA ORAR Y REFLEXIONAR

Oremos la 4ª y 5ª parte de la Coronita a san Pablo, pidámosle su intercesión para crecer en espíritu de pobreza y celo apostólico.

Te bendigo, Jesús, por haberme enseñado con las obras y palabras de san Pablo el verdadero espíritu de pobreza. Y tú, gran santo, obténme el espíritu evangélico de la pobreza, para que imitándote en esta vida, llegue a ser compañero tuyo en el cielo.

Jesús Maestro, Camino y Verdad y Vida, ten piedad de nosotros.

Reina de los Apóstoles, ruega por nosotros.

San Pablo apóstol, ruega por nosotros.

Te bendigo, Jesús, por haber dado a san Pablo un corazón rebosante de amor a Dios y a la Iglesia, salvando con su celo a tantas personas. Y tú, amigo nuestro, obténme un vivo deseo de ejercer el apostolado de la comunicación social, de la oración, del ejemplo, de las obras y de la palabra, para que merezca el premio prometido a los buenos apóstoles.

Jesús Maestro, Camino y Verdad y Vida, ten piedad de nosotros.

Reina de los Apóstoles, ruega por nosotros.

San Pablo apóstol, ruega por nosotros.

Centro de Espiritualidad Paulina
México-Cuba